

MARTIN LUTERO

Defensor y Restaurador del Evangelio

Pedro Arana Quiroz

Pastor de la Iglesia Evangélica
Presbiteriana de Pueblo Libre,
Lima, Perú.

Sean mis primeras palabras de gratitud a los organizadores de este Simposio de Homenaje al Reformador Martín Lutero en el aniversario de los 500 años de su nacimiento —a nombre del Concilio Nacional Evangélico del Perú al cual estoy representando en respuesta a la amable invitación de “THEOLOGIKA”, revista del Seminario Adventista Latinoamericano. Reciban los hermanos cristianos, auspiciadores de este certamen, nuestra sincera felicitación por esta iniciativa que permite, no sólo el reconocimiento de la vida y obra del insigne monje agustino; sino, que al hacerlo, convoca a miembros de diferentes tradiciones cristianas, dejando en esta forma constancia de que la herencia protestante, legado de Lutero, por estar anclada en el fundamento del Evangelio de Cristo, tiene un alcance planetario, un sentido ecuménico y una vigencia indubitable.

“El nombre de Martín Lutero” —ha dicho el Papa Juan Pablo II hace pocos días— “ha sido vinculado a través de los siglos a un periodo doloroso de la historia de la Iglesia Católica, en particular a la experiencia de profundas divisiones eclesiásticas... Es tiempo que nos distanciamos de los acontecimientos históri-

cos y nos aseguremos que éstos sean mejor comprendidos y evocados...” La celebración de este próximo 10 de noviembre ha servido para que Juan Pablo II, reevaluando a Martín Lutero, reconozca y haga público, que fue un hombre de una “profunda religiosidad” impulsada “por el análisis de la salvación eterna”¹

Un periodo doloroso de la historia...

Nosotros agregaríamos, no sólo de la Iglesia sino del mundo que fue el espacio-tiempo donde vivió Lutero. El teólogo católico romano Karl Adam escribió en 1949: “En verdad reinaba la noche en vastos sectores de la cristiandad, y fue Roma, en primera línea, la que difundió las sombras de la noche sobre la Iglesia. He aquí el resultado final de nuestro estudio de las postrimerías del siglo XV, en el pueblo una espantosa caída de la piedad verdadera hacia el materialismo religioso y la histeria enfermiza; en el bajo y alto clero, espíritu mundano y olvido del deber, y, en los sectores supremos de la Iglesia, una voluntad diabólica de poder y un abuso sacrílego de las cosas santas. Importa que el clero y el pueblo digan: *mea culpa, mea culpa*, y que Roma añada a justo título: *mea máxima culpa*”.

Karl Adam prosigue dibujando la personalidad y acción de Martín Lutero en su momento histórico en esta forma: “¡Ah! Ciertamente reinaba la noche. Si Martín Lutero se hubiera levantado en aquel momento y si hubiera empleado los dones maravillosos de su espíritu y su corazón, su sentido genial del cristianismo, su reto apasionado a todo lo que no es santo ni divino, la fuerza elemental de su experiencia religiosa, el vigor arrebatador y desgarrante de su palabra y (lo cual no es su cualidad menor) esa heroica valentía que mostró para oponerse a los poderes de su tiempo; si hubiera empleado todas esas cualidades magníficas para eliminar los abusos clamorosos de la Iglesia en aquel tiempo y para escardar del jardín de Dios las malas hierbas; si además hubiera seguido siendo un miembro fiel de su Iglesia, humilde y sencillo, recto y puro, ¡cómo le besaríamos nosotros todavía la mano con reconocimiento! Sería y seguiría siendo nuestro gran reformador, nuestro caro ministro de Dios, nuestro doctor y nuestro guía, comparable a un Tomás de Aquino y a un Francisco de Asís. Sería todavía más grande que estos dos, el santo más grande de nuestro pueblo alemán, un segundo Bonifacio”².

1 Cables publicados por los periódicos de Lima.

2 Karl Adam, *Vers l'chrétienne* (París, Aubier, 1949), pp. 42, 43.

Catorce años más tarde otro teólogo católico, Hans Küng, habla de los motivos de la separación: “No es ciertamente sin motivo como los protestantes se han separado de nosotros... muchas cosas, hace 400 años, no marchaban bien en nuestra Iglesia y parecían casi no poder ser corregidas: en cuanto al Papa, los obispos, los sacerdotes y el pueblo católico. La Iglesia se hallaba en un estado lastimoso, y se dudaba de poderla sanar”. “Y por eso se separaron los protestantes. Si nuestra Iglesia se hubiera hallado en aquel momento en mejor estado, los protestantes no se habrían separado de nosotros. Ya véis cuan falso sería que nosotros los católicos hiciéramos el papel de fanfarrones y de espíritus superiores, como gentes que tienen razón y que creen ser los únicos que tienen razón”.

“El católico no tiene por qué justificar ni blanquear a los malos papas del siglo 16 y de los tiempos del Renacimiento; no tiene por qué justificar y excusar tampoco el mal estado del clero y del pueblo católico en tiempos de la Reforma. Todo aquello proviene de la culpabilidad de nuestra Iglesia”.

“La Iglesia, a la verdad, no es de este mundo; sin embargo, está en este mundo pecador, y este mundo pecador está en la Iglesia. No solamente en la antigüedad cristiana sino también ahora es la constante por renovar la Iglesia, que se había hecho rica y mundanal. A pesar de eso, y no obstante el esfuerzo de muchos concilios, la reforma de la Iglesia abortó en la baja Edad Media. Según muchos informes, la Iglesia se hallaba entonces bastante mal. Eso acarreó la gran protesta de Lutero, el cual se alzó contra la Iglesia Católica de su tiempo y fue excluido de ella. Lutero quería una cosa en sí; quería **que la Iglesia, que su teología, volviera a ser conforme al Evangelio de Cristo, que se reformara y se renovara**”.³

La historia de un doloroso periodo

Martín Lutero ingresa al claustro agustino de Erfurt en 1505 por habérselo prometido a Santa Ana—patrona de los mineros—después de su aterradora experiencia, cuando un rayo lo puso muy cerca de la muerte. Dejó su carrera de abogado y en 1507 fue ordenado sacerdote, “y el dos de mayo del mismo año dijo su primera misa. Aquella misa inicial le causó terror, el terror del pensamiento que él, un pecador, se atrevía a dirigirse al vivo,

3 Hans Küng, *Pour que le monde croie* (París, Les Editions du Cerf, 1963), pp. 17, 18, 28, 37.

eterno y verdadero Dios. Tan completamente abatido estuvo que apenas pudo terminar con el rito prescrito. Luego siguieron meses de angustia".⁴ Entre 1513-17, cuando siendo profesor de Teología había dictado cursos sobre los Salmos y las Epístolas de San Pablo a los Romanos y a los Gálatas, en una fecha que no es posible fijar, Lutero descubre el Evangelio, su alma angustiada por la realidad de su pecado y la justicia de Dios, recibe la luz consoladora de Romanos 1:17: "Mas el justo por la fe vivirá". El doloroso periodo de la historia personal del Reformador había concluido, y una nueva aurora amanecía para toda la Iglesia Cristiana. La **justificación por la fe** vino a transformar la vida personal y comunitaria de los cristianos en todo el mundo.

Un biógrafo nos dice: "Martín Lutero fue el portento de los tiempos modernos. Era un genio sin paralelo y sin embargo un alma sencilla. Poseía la maravillosa facultad de experimentar en las claras profundidades de su propio ser todas las emociones y necesidades de su época. Poseía, también, una energía peculiar y única que arrastraba a sus contemporáneos consigo, al menos por cierto trecho, como si poseyera un poder superior al suyo y exterior a él. Su poder nacía de la fe que había hallado en medio de la tensión de oscuras y aterradoras luchas espirituales. La firme certidumbre de la fe evangélica, que había logrado para sí mismo, era lo que proclamaba a su época con la asombrosa intensidad que sólo la experiencia personal puede otorgar, con la fuerza y la variedad de un verdadero genio religioso, y con la más santa pasión de un profeta"⁵.

Experiencia religiosa y experiencia espiritual

Martín Lutero en su vida, pensamiento y obra, explicita la diferencia profunda y radical que hay entre la religiosidad cristiana y la conversión cristiana. En sus noches oscuras del alma, Lutero procuraba por los medios instituidos por la Iglesia y a través de la conducta monástica hacerse acepto a Dios y ganar por sus propios méritos su salvación eterna. Ayunaba por largos días. Consumía su vida en oraciones y vigiliias más allá de las exigencias de su orden. Concurría frecuentemente a la confesión. Sin embargo, la certidumbre del favor de Dios y la paz que su

4 Kenneth S. Latourette, *Historia del Cristianismo*, Tomo 2 (Casa Bautista de Publicaciones), p. 49.

5 R. Seeberg, *Manual de Historia de las Doctrinas*, Tomo 2 (El Paso, Texas, Casa Bautista de Publicaciones), p. 221.

corazón buscaba no llegaban a él. Deambulaba así por los predios de la religión cristiana. Es decir, buscando lo que puede hacer el hombre para alcanzar la aceptación de Dios.

Dejemos que sea el propio Lutero quien comparta con nosotros su experiencia cristiana de conversión espiritual:

Con ardiente anhelo ansiaba comprender la Epístola de Pablo a los Romanos y sólo me lo impedía una expresión: la justicia de Dios, pues la interpretaba como aquella justicia por la cual Dios es justo y obra justamente al castigar al injusto. Mi situación era que, a pesar de ser un monje sin tacha, estaba ante Dios como pecador con la conciencia inquieta y no podía creer que pudiera aplacarlo con mis méritos. Por eso no amaba al Dios justo que castiga a los pecadores, sino que más bien lo odiaba y murmuraba contra él. Sin embargo me asía a Pablo y anhelaba con ardiente sed saber qué quería decir.

Reflexioné noche y día hasta que vi la conexión entre la justicia de Dios y la afirmación que “el justo por la fe vivirá”.

Entonces comprendí que la justicia de Dios es aquella por la cual Dios nos justifica en su gracia y pura misericordia. Desde entonces me sentí como renacido y como si hubiera entrado al paraíso por puertas abiertas de par en par. Toda la Sagrada Escritura adquirió un nuevo aspecto, y mientras antes “la justicia de Dios” me había llenado de odio, ahora se tornó inefablemente dulce y digna de amor. Este pasaje de Pablo se convirtió para mí en una entrada al cielo...

Si tienes verdadera fe en que Cristo es tu Salvador, ves de inmediato que tienes un Dios lleno de gracia, pues la fe te lleva y te abre el corazón y la voluntad de Dios, para que puedas ver su pura gracia y su amor desbordante. El contemplar a Dios por la fe hace ver su paternal y amistoso corazón, en el cual no hay ira ni aspereza. El que ve a Dios iracundo no le ve como es debido, sino que ve solamente una cortina, una pantalla, como si hubiera echado una nube oscura sobre su cara.⁶

Aquí es donde tenemos la experiencia espiritual cristiana del nuevo nacimiento, que es operación interna y eficaz del Espíritu Santo al aplicar en forma soteriológica la Palabra de Dios; y también la experiencia de la conversión cristiana, que es respuesta en fe y arrepentimiento al don salvador de la gracia de Dios, Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador y Señor del creyente. Así oímos decir al Reformador: “Cuando escuchamos que Cristo sufrió por nosotros, brotan la fe y el amor”. “Esta contemplación [de los sufrimientos de Cristo] transforma esencialmente al hombre y lo regenera casi como el bautismo”. “Esta fe justifica y hace que Cristo more, viva y reine en ti”⁷.

Defensor y restaurador del Evangelio

En nuestros días estudiosos del gran reformador, tanto católicos como protestantes y no religiosos, coinciden en afirmar que Martín Lutero nunca pensó en separarse de la Iglesia de Ro-

6 Ronald H. Bainton, *Martín Lutero*, p. 67.

7 Citado por Seeberg, p. 237.

ma o en establecer una nueva Iglesia. Su interés fundamental consistió en querer reformar la Iglesia para poder creer, vivir y servirla conforme al Evangelio de Cristo, el cual había descubierto en la Biblia. Por factores que somera y sumariamente hemos mencionado en esta presentación, Lutero fue separado y en compañía de sus seguidores estableció la Nueva Iglesia de la Reforma, Iglesia cuyas principales corrientes actuales coinciden en proclamar y enseñar lo que consideran el centro y médula del Evangelio de Cristo.

1) **SOLO CRISTO**: Siguiendo la herencia redescubierta por Lutero los protestantes (**pro**: a favor de; **testificare**: testimonio), los que estamos a favor del testimonio del Evangelio, confesamos que sólo Cristo es Dios. Señor y Salvador del mundo. “Dios sólo puede en verdad hallarse en el hombre Jesús; allí es donde Dios quiere que se le busque, se le halle, se le invoque”. “Cristo es la “verdadera epístola”, “el libro de oro” en que se revela la voluntad misericordiosa de Dios”. “Dios está oculto en el despreciado hombre Cristo”. “Sólo en él crucificado descubrimos la voluntad de amor de Dios”.⁸

Sobre la predicación de Cristo, Lutero afirma: “Cristo no debe ser predicado, pues, como ‘una historia y narración extraída de las crónicas, sino de tal manera que se proclame por qué vino Cristo, cómo hemos de alcanzarlo y disfrutar de él, qué es lo que ha traído y qué me ha dado’”.⁹

2) **SOLA GRATIA**: El protestantismo, en todas sus formas históricas, insiste en la posibilidad de una relación inmediata del hombre con Dios. Relación que descansa en la generosa bondad de Dios manifestada a los hombres en Cristo Jesús y recibida por éstos mediante la fe en él. La restauración de la armonía entre Dios y el hombre no es algo que el hombre inicia o puede conseguir por sus propios esfuerzos o méritos, sino que acepta, gozosamente, como un obsequio merecido que viene de la sola soberana y libre gracia de Dios.

“Yo acepté —dice Lutero— el término gracia en la acepción correcta de **favor de Dios**, como una cualidad del alma como han enseñado nuestros recientes autores... La gracia y el don se distinguen en esto, en que la gracia significa propiamente el fa-

8 Cita~~do~~ por Seeberg, pp. 234-269.

9 Ibid.

ver, o la consideración que él en sí mismo tiene por nosotros, que lo dispone a derramar sobre nosotros a Cristo y al Espíritu con sus dones... Esta gracia de Dios es una cosa muy grande, fuerte, poderosa y activa. No se tiene, como los predicadores de sueños falsamente enseñan, en el alma de los hombres para dormirse allí y dejarse llevar como una tabla pintada lleva a la pintura. ¡Os digo que no! Conduce, guía, impulsa, engendra, transforma, opera en el hombre todas las cosas y se hace sentir y experimentar. Esta es la gracia que transforma y renueva al hombre¹⁰.

3) SOLA FIDE: El protestantismo, en sus diversas expresiones, afirma que el hombre es aceptado por Dios únicamente mediante la fe en Cristo, muerto y resucitado. La fe es el acto más profundo de que es capaz el hombre en respuesta al llamamiento del Espíritu Santo. Esta fe, que conoce, confía, confiesa y se compromete, es la que justifica y salva.

Así entendida esta doctrina se opone a la superficialidad, exterioridad e irracionalidad del sacramentalismo. Pero le devuelve a los sacramentos su profundidad y realidad espirituales que sólo pueden ser entendidas por la mente iluminada por el Espíritu Santo.

Y de la misma forma que libra al creyente de caer en la superstición por el sacramentalismo, la justificación por la fe sola, libra al creyente del intento prometeico de conquistar su salvación por sus obras o por sus méritos, falacia del legalismo. Pero al hacer eso, le devuelve su status inigualable a la Ley de Dios, que ha sido guía y ayo para llevarnos a Cristo, que no puede salvarnos sino guiarnos al Salvador; y que no debemos guardar para ser salvados, sino que la debemos obedecer porque somos salvados, resucitados y capacitados por el Espíritu de Cristo.

“Dios nada tiene sino lo mejor” --escribe Lutero-- “y esto es lo que comparte con nosotros: nos nutre, nos sostiene, nos sirve mediante su Hijo. De tal manera que nuestro corazón se convierte a seguir a Cristo”. “La fe echa mano de los beneficios de Cristo, las obras de Cristo”.

“La fe está íntimamente vinculada con el sentimiento de presente bienaventuranza”. Así Lutero expresa: “Tienes que estar ya en el cielo y ser ya salvo antes de hacer buenas obras”. “Las obras que el creyente realiza son, pues, sin pecado y buenas en

¹⁰ Ibid.

cuanto proceden directamente de la fe". "Pues, así como la fe trae bienaventuranza y vida también trae consigo buenas obras sin medida".¹¹

4) **SOLA SCRIPTURA:** Junto con Lutero afirmamos que la Biblia constituye la única y suprema autoridad en todo asunto referente a la fe y a la conducta cristiana. Las Escrituras y el Espíritu Santo; el Espíritu Santo y las Escrituras; son quienes nos dan el conocimiento Salvador de Dios y de su voluntad para la vida humana. Conocimiento y voluntad que están concentrados en la persona y obra de Jesucristo. La Escritura interpretada a la luz de Cristo, Jesucristo revelado al hombre únicamente por el Espíritu Santo.

5) **EL SACERDOCIO UNIVERSAL DE TODOS LOS CREYENTES:** El centro de la tarea de Lutero consistió en la abolición del sacramento de la penitencia y en su sustitución por el concepto bíblico, pero para su época nuevo, de la justificación por la fe. De ella se deduce, y la Biblia explícitamente lo afirma, que entre Dios y el hombre el único mediador es Cristo. La responsabilidad última del hombre es frente a Dios, de allí que tenga derecho y deber al juicio privado de la revelación histórica, como está consignada en la Escritura.

El único Sumo Sacerdote es Cristo, quien se ofreció a sí mismo una sola vez por los pecados del mundo. La Iglesia en conjunto forma el sacerdocio, y éste sólo puede presentar sacrificio de alabanza.

Todo creyente tiene acceso a la presencia de Dios, estableciéndose así el principio de la libertad religiosa. La coerción en asuntos de fe y práctica religiosa, es resistida por todos aquellos que ven en Lutero al defensor y restaurador del Evangelio de Cristo.

6) **LA MILICIA DEI:** La doctrina anterior hace énfasis en la individualidad. El protestantismo siempre ha reconocido que no puede haber comprensión adecuada del Cristianismo sin tomar en cuenta al pueblo de Dios. Aquí el énfasis está en la comunidad. Israel en el Antiguo Testamento, la Iglesia, el nuevo Israel en el Nuevo Testamento. Iglesia que es la manifestación de la gracia de Dios en el tiempo.

Ella es entidad divino-humana. Su misión es permanentemente la misma; le viene de Dios: hacer discípulos de Cristo en todas las naciones. Iglesia que debe estar atenta a la voz del Espíri-

tu a través de la Palabra, pues ella misma nació de la Palabra. Con un mensaje eterno que debe comunicar a los hombres de su tiempo, “sirviendo a su propia generación según la voluntad de Dios”. Como señaló Lutero: “Iglesia reformada que siempre está reformándose”, pensando sin duda en la palabra paulina: “por la renovación de vuestro entendimiento”.

7) GLORIA DEI: El protestantismo, con su afirmación básica de que “el fin principal del hombre es vivir a la mayor gloria de Dios”, tiende a una revalorización de la totalidad de la vida y de toda vida. Porque vivir a la mayor gloria de Dios, es vivir para el mayor beneficio del hombre. Es decir, es vivir con sentido. Dicho de otro modo, todos los hombres están llamados a servir a Dios por medio de sus ocupaciones diarias. No existe una separación básica entre vocaciones religiosas y seculares. La mayordomía cristiana en todas las vocaciones terrenales es la que hace que la existencia humana y el trabajo que el hombre realiza tengan propósito en este mundo.

Estas siete doctrinas, señaladas, son las que unifican el testimonio protestante en el mundo entero. Interpretar esta herencia común y lo que significa para nuestro país es la tarea que nos compete.

